

La arena de las bestias



Una misión le había llevado cerca de la floreciente Cartago. Ciudad célebre en la antigüedad, por sus famosas minas de sal y por librar las denominadas guerras Púnicas contra Roma. Ahora había recobrado fama de nuevo, debido a la creciente flota de mercaderes que extendían sus redes, bajo el control del imperio, por todo el mediterráneo. Raza de grandes navegantes, después de haber sido conquistados por Roma, hacía unos 250 años, parecía volver a tener una segunda época dorada con la llega de un Cónsul romano llamado, Claudio Falcus. Estos exportadores se dedicaron a explotar su maestría en el arte de la navegación, para entablar relaciones comerciales con todos los puertos de la cuenca del mare nostrum. Los cartaginenses se habían convertido en comerciantes expertos y negociaban con todo tipo de mercancías: sal, sedas, especias, esclavos.

Itosteles había decidido comprobar con sus propios ojos, el gran crecimiento experimentado de nuevo por Cartago, pues era del pensamiento, que las grandes ciudades son caldos de cultivo perfectos para germinar el mal, sea cual fuere la forma en la que éste se cultive. Como era tradición en él, al llegar a cada sitio, ya se tratase, de la majestuosa Babilonia o de un simple asentamiento de beduinos en el desierto, lo primero que hacía era detener su

carromato a las afueras y proveer de comida y bebida a su camello. Al entrar en la ciudad, pudo comprobar el enorme bullicio que la embriagaba, un sinfín de personas, animales y mercaderías, llenaban de vida la capital. Aunque Itosteles era un viajero incansable, habiendo recorrido los cuatro puntos cardinales del imperio y gran parte del mundo conocido, se sorprendió de tal agitación. Se adentró en las calles, empedradas por los ingenieros romanos, cada vez más angostas y revestidas de un blanco impoluto, hasta llegar al mercado de la ciudad. Allí buscó un puesto donde poder comprar sal, pues en el desierto era más valiosa que el mismo oro y algo de comida. De todos los que visitó, se detuvo en uno, en el que dos hombres mantenían una encendida conversación. El puesto estaba resguardado del sol por una manta de color verde y vendía carne sazónada con diferentes especias. Itosteles aguardó paciente a que estos dos mercaderes concluyeran con su discusión. El dueño del puesto, era un hombre espigado y con una prominente nariz, el otro mercader, Abubaka Hamani, un señor algo bajito, moreno y con una gran panza. Itosteles desconocía el motivo de la discusión, que poco a poco se fue acalorando. En medio de la disputa, el dueño del bazar, sacó una daga y amenazando a Abubaka salió del puesto y se dirigió hacia él. La algarabía formada había llamado la atención de casi todo el mercado. Los dos hombres seguían discutiendo, ahora de viva voz.

-Eres un mentiroso, yo no te debo dinero.

Gritó el dueño del puesto, de una forma muy preñada. A lo que rebatió Abubaka, de igual manera:

-Por los dioses, te digo que aún no me has pagado el último cargamento de sal.

La situación se terminó de encolerizar cuando el hombre se abalanzó sobre Abubaka, con la intención de agredirlo con su daga. Pero la rápida actuación de Itosteles, que hábilmente desenvainó su espada y con un rápido movimiento logró detener el ataque.

-¡Basta señores! No creo que esta discusión merezca pasar a mayores.

Diferentes eran las caras de los dos contendientes, contrapuestos sus gestos. El dueño del puesto, de malos modos, volvió a guardar la daga en su fajín y se retiró, entre murmullos, para seguir con sus quehaceres. Abubaka, miraba de manera muy agradecida al forastero que había salvado su vida, y con una enorme sonrisa le dijo:

-No sé que decir. Le estoy muy agradecido. Pero es que este sinvergüenza me debe aún el último cargamento de sal que le vendí. La próxima vez probará el filo de mi espada.

Le contó Abubaka intentando explicar la situación y le siguió hablando.

-Bueno, bueno, hay que ser civilizados. Antes que nada, mi nombre es Abubaka Hamani

-El mío es Itosteles.

Contestó el cazador. Abubaka siguió hablando y con un gesto casi reverencial le dijo:

-Me haría un hombre muy afortunado si decide aceptar la invitación de tomar conmigo una buena jarra de la mejor cerveza egipcia en todo el imperio, incluido el propio Egipto.

Ambos se echaron a reír. Itosteles miraba fijamente a Abubaka, mientras este hablaba de forma muy risueña, pues le parecía un tipo divertido e interesante a partes iguales. Itosteles aceptó la invitación que tan sinceramente le había ofrecido su nuevo amigo

-Por supuesto señor. Le acompaño gustoso.

Abubaka presentó un semblante tremendamente jubiloso y se apresuró a mostrarle el camino a su salvador.

-Es por aquí amigo, por aquí.

Con la mano levantada, señalando al frente, le mostró la dirección que debía tomar. Ambos entraron en una taberna, estaba rodeada de enormes ventanales, de piedra rojiza, que debería ser de alguna cantera de la zona, las mesas y las sillas, de madera robusta, pero muy sucias y descuidadas. Itosteles se sorprendió que a esas horas estuviera llena, pero se ve que la vida de los marineros es así, tienes que aprovechar cada trago como si fuera el último, pues nunca sabes donde asecha el peligro: en un golpe de mar, en un naufragio, en un abordaje. Itosteles a pesar de ser un hombre muy audaz, intrépido y valiente, no era muy amigo de embarcarse, algo, que sin saberlo, comparte con Abubaka y comprobaría algunos minutos después. Aunque la taberna no estaba llena solo de marineros, sino que habían legionarios del imperio romano, comerciantes, etc. Se sentaron en una mesa, pidieron y comenzaron a hablar. El mercader tenía una forma de ser locuaz e inquieta, era un hombre muy hablador y amigable.

-Y dígame señor, ¿alguien con el manejo de la espada como usted, tiene que ser por lo menos soldado del imperio, aunque retirado?

Itosteles se echó a reír y le contestó:

-¿Tan viejo te parezco?

Abubaka algo avergonzado y sin ánimo de ofender a Itosteles, se apresuró a desenredar el entuerto en el que se había metido.

-No, no, por los dioses. Lo digo por su vestimenta, esa túnica negra, ese turbante y ese cayado con esa punta tan extraña, no son típicos de los soldados.

Itosteles le sosegó:

-Tranquilo buen hombre, no se preocupe, no me ofende. Y no, no soy un soldado del imperio, digamos que....., simplemente soy un viajero.

Abukaka ya más calmado le siguió hablando.

-Lo que no me puede negar es la habilidad que tiene con la espada.

Itosteles le miraba mientras se reía y pensaba, que si ese comerciante supiera a lo que se dedicaba, se caería de la silla en la que está sentado.

-Mire, estoy organizando una caravana que saldrá en un par de días, nos dirigimos a Moratia. Es un territorio que está experimentando un gran auge en este momento y hay una buena oportunidad para hacer negocios. Como le digo, el grupo saldrá en varios días y el viaje será por tierra, aunque por mar sea mucho más rápido, le tengo miedo a los barcos. Y sin lugar a duda, en una expedición así, nos vendría muy bien un hombre con su habilidad.

Itosteles asentía con la cabeza mientras escuchaba con atención.

-Le agradezco su ofrecimiento, pero mañana proseguiré mi camino.

Antes de terminar el trago, que gustosamente estaba disfrutando y regresar al mercado para proseguir con la compra de víveres, le hizo una pregunta a Abubaka, pues nunca había oído hablar de esa nueva y próspera ciudad.

-Dígame Abubaka. ¿Dónde se encuentra esa ciudad?

-Es un asentamiento que está situado cerca del gran océano, en la tierra de los Medyaris, al otro lado del desierto.

-¿Y por qué es tan próspera?

Preguntó Itosteles de manera muy interesada.

-Pues verá, han construido un anfiteatro, a escala del que existe en Roma. Las peleas de gladiadores y las apuestas donde se juegan elevadas sumas de dinero están atrayendo a mucha gente y mucha gente con dinero es sinónimo de riquezas para todos.

-Pero existen muchos anfiteatros en cientos de provincias por todo el Imperio, ¿Qué tiene esta de especial?

-Según cuentan, las peleas a muerte son entre gladiadores y unas especies de bestias salvajes, son como lobos, pero éstas caminan sobre sus dos patas traseras.

¡COMO! Lobos que caminan como si fueran hombres, sin duda se debe de tratar de licántropos, las bestias malignas domesticadas por los vampiros, pensó Itosteles. Ahora la situación era muy diferente. Tendría que averiguar qué clase de malvado plan engendrado, sin duda, por un vampiro, había hecho que esa pequeña ciudad prosperara tan deprisa.

-¿Sabe una cosa, amigo mío? Acepto su invitación. Yo también quiero hacer fortuna en esa boyante ciudad.

Abubakacelebró con satisfacción el cambio de opinión de su amigo.

Varios días después del fortuito encuentro entre Itosteles de Eritrea y el comerciante de sal, AbubakaHamani, ya estaba dispuesta la caravana que les llevaría, atravesando el desierto del Sahara, hasta Moratia. Itosteles subido al carruaje tirado por su infatigable camello. La expedición, en total, la formaban siete mercaderes, las mujeres de varios de ellos e Itosteles. En esa empresa se transportaba todo tipo de mercancías. Oro, piedras preciosas, sedas y sal. La verdad que Abubaka viajaba más tranquilo sabiendo que Itosteles le acompañaba, pues sin saber mucho ni de él, ni de su vida, se veía que era un buen hombre y lo más importante de todo, se le atisbaba un gran manejo con la espada. Aunque pasaban desapercibidos y no daban muestras de lo valioso de sus cargamentos, siempre estaban expuestos a sufrir asaltos y pillajes. Tras varias semanas de viaje. Cuando faltaban unas pocas leguas para llegar a su destino, los sorprendió una tormenta de arena. Las tormentas de arena son el peor enemigo al que te puedes enfrentar en el desierto, son impredecibles, no las puedes controlar y lo más terrible, los granos de arena se meten por todos los orificios del cuerpo, llegando a inundar los pulmones y alcanzando una muerte atroz. Cuando se alzó en el horizonte una enorme columna de arena impulsada por un viento aterrador, uno de los mercaderes que formaban la caravana gritó:

-¡MIRAD! Es una tormenta de arena, corred, aligerad el paso, tenemos que ponernos a cubierto o moriremos todos.

De repente pareció surgir de la nada un pueblo, un misterioso enclave que ni si quiera aparecía en los mapas. Era su salvación o eso creyeron en un primer momento. Todos se apresuraron a alcanzararlo antes posible. Cuando llegaron, al cabo de pocos minutos, tras una

acelerada carrera, el poblado parecía estar abandonado, las calles se encontraban desiertas. En lo alto del cielo, al implacable sol que los había estado acompañando todo el día, le quedaban pocos minutos para apagarse. Itosteles se acomodó el turbante, lo colocó de tal manera que solo dejaba al descubierto sus fríos ojos y cerró, aún más, su negra túnica. Al cruzar las enormes puertas abiertas, de las murallas que guardaban la ciudad, algo llamó su atención, más bien la ausencia de algo, pues no existía ningún símbolo del impero, ni estandarte, ni bandera, no encontró nada que indicara que aquél lugar estaba bajo el dominio de Roma. Rápidamente buscaron un lugar donde guarecerse hasta que pasara la tormenta. No encontraron a nadie que les ayudara, hasta que se hizo la noche. Como por arte de magia, el pueblo se activó, las casas antes deshabitadas ahora gozaban de vida en su interior, las calles vacías se poblaron con los lugareños. Aquel extraño suceso, terminó de despertar la sospecha del cazador. La cercanía a Moratia, la ciudad donde se apostaban, en las luchas de gladiadores con extrañas bestias, unida a la aparición de la gente después de la caída del sol, fueron motivos más que suficientes para que Itosteles tuviera una actitud mucho más vigilante y recelosa. Uno de los comerciantes encontró un lugar donde pasar la noche. Era una especie de fonda, tenía un enorme salón con mesas, algo parecido a un comedor y con habitaciones en lo alto. Acudió sin dilación en busca de los demás.

-¡Rápido! ¡Venid! Aquí podemos pasar la noche y cobijarnos de la tormenta.

Abubaka se apresuró a recontar y llamar a los demás.

-Vamos, vamos, rápido. Entrar en la fonda. Yeroján habla con el dueño y pregunta si le quedan habitaciones libres. Yo iré a buscar a Victus y Salomé. La tormenta pronto alcanzará este lugar.

Como le había ordenado Abubaka, Yeroján fue en busca del dueño de la pensión. Se dirigió al fondo del salón donde existía una puerta, algo baja pero muy ancha.

-¡Señor! ¿Hay alguien?

De repente una voz espectral se escuchó, provenía de dentro de la puerta, que parecía ser una especie de despensa.

-Calma hijo, estoy aquí. ¿En qué te puedo ayudar?

Apareció mientras hablaba un hombre algo mayor, con el pelo blanquecino y una llamativa tez tremendamente pálida. Con una mezcla de susto, por lo inesperado de la aparición, y algo de miedo por el aspecto físico del dueño de la posada, le respondió:

-Buenas noches señor. Mis amigos y yo estamos buscando un lugar donde escondernos de la tormenta y pasar la noche.

-¿Y cuántos sois?

-Pues diez hombres y tres mujeres.

Al extraño ser al escuchar la cantidad de personas que eran se le iluminaron los ojos.

-Pues claro, amigo. Pasad por aquí, os enseñaré el camino. ¿Pero antes querréis comer algo?

Le dijo el perturbador dueño dibujando una malévolamente sonrisa en su cara. Mientras hablaba con ellos, apareció Abubaka, que regresaba sin éxito, de buscar a los dos integrantes de la caravana desaparecidos.

-No los veo por ningún lado, estoy preocupado, pronto llegará la tormenta.

-Tranquilo buen hombre, no se preocupe. Seguramente sus amigos estén bien.

Abubaka miraba sorprendido al hombre que le hablaba. A todo esto, Itosteles, permanecía callado, intentando pasar desapercibido, su labor era de investigación y que mejor manera que pasar como uno más. Mientras estaban todos reunidos en el salón, el dueño del lugar sacaba cuentas y distribuía las habitaciones, unos gritos se escucharon desde la calle.

-¡Vamos! Caminad, basura humana.

Rápidamente todos se apresuraron a salir a la calle, con la esperanza que se trata de sus amigos desaparecidos. La imagen que vieron les paralizó por completo a todos, que apenas podían creer lo que estaban viendo. Dos enormes lobos caminando a dos patas, portando unas imponentes lanzas y llevando agarrados a Victus y a su esposa. Ninguno supo cómo reaccionar, inmóviles por el miedo. Itosteles permanecía impassible, pues esperaba el momento oportuno para actuar. El dueño de la fonda lanzó un grito al aire que sonó estruendoso.

-¡Licántropos! Cogedlos a todos.

De la nada surgió un pequeño ejército, formado por unos diez vampiros y cinco hombres lobos. La noche estaba oscura, con una delgada luna menguante apenas iluminándola, las calles alumbradas por humeantes antorchas que resaltaban con sus centelleantes destellos la rojez de los ojos de las bestias, tanto de los no muertos como de los licántropos. Las criaturas del mal avanzaban por la calle, se dirigían hasta donde estaban Itosteles y los demás. El maestro cazador de demonios había considerado que aquel era el momento oportuno para desvelar su verdadera identidad y actuar. Primero se despojó de su túnica, dejando a la vista

una fornida armadura negra de cuero trenzado, a ambos lados de su cintura, algo ladeados hacia atrás, colgaban dos aros mortalmente afilados, en la espalda lucía dos dagas de tamaño medio, un pequeño cuchillo escondido en su brazalete derecho y otro algo más largo colocado en su sandalia izquierda, en su pecho portaba una serie de dagas voladoras y su terrible espada, una khopesh egipcia que había exterminado la vida de cientos de vampiros y otras criaturas malignas. Todas sus armas estaban fabricadas con la plata más pura y reluciente, forjadas en los hornos del templo principal en la majestuosa Babilonia. Abubaka y los demás no sabían si estaban más asustados por los monstruos que se dirigían a apresarlos o desconcertados por la identidad de su nuevo amigo. Itosteles cogió sus dos discos y preparándose para lanzarlos les gritó:

-¡Rápido! Entrad en la fonda.

Y les arrojó los discos a los dos licántropos que mantenían reteniendo a Victus y Salomé. Los aros enviados a toda velocidad, seccionaron los cuellos de las bestias, cuyas cabezas despegadas de sus troncos rodaron por el suelo. Los monstruos cayeron mientras aún se aferraban a sus lanzas. Itosteles corrió hasta donde estaba el mercader y su esposa, los empujó hasta lograr meterlos en la casa y cerró la puerta desde fuera. Impasible permaneció a la espera de cruzar batalla contra las bestias que feroces se dirigían hacia él. Cogió de su pecho cuatro cuchillas, se las lanzó al vampiro que iba situado primero en la formación, este explotó en una nube de ceniza. Haciendo la misma maniobra, cogió el cuchillo de su brazo, el destinatario corrió la misma suerte que el anterior, se desintegró en el aire. Hábilmente Itosteles visualizó un angosto callejón que le permitiría equilibrar las fuerzas con sus adversarios, que lo superaban ampliamente en número. Corrió hacia él y presentó batalla nuevamente. Desenfundó las dos dagas de su espalda y aguardó el ataque. Los monstruos alcanzaron su posición. Pero solo podían atacar de dos en dos, debido a la estrechez del emplazamiento elegido por Itosteles. Los vampiros que llegaron primero blandieron sus espadas y atacaron al cazador, Itosteles con un rápido movimiento los desarmó y al contacto con sus dagas de plata, se desvanecieron en el aire. Uno de los licántropos saltó por encima de los demás y se abalanzó sobre Itosteles, este de forma magistral lo esquivó y hundió las dagas en su espalda. El resto de bestias intentaban llegar hasta él pero les era imposible. Itosteles desenvainó su espada y uno a uno fue acabando con cada monstruo. Cuando terminó de matar al último demonio que era un licántropo enorme, de pelaje oscuro como aquella noche, cortándole la cabeza, cayó de rodillas al suelo, extenuado por el enorme esfuerzo realizado. No transcurrió ni un segundo cuando recordó que había dejado a Abubaka y al resto, encerrados con el vampiro en la posada. Envainó su Khopesh y corrió hasta la fonda, abrió la puerta de

una patada y entró. Cuando lo hizo vio que tenían al vampiro acorralado en una esquina. Se protegían con mesas y sillas para alegarse de sus afilados colmillos. Itosteles les gritó:

-¡Quietos! Lo quiero con vida.

El vampiro lo miraba con miedo, sus ojos trasmitían pavor. Itosteles volvió a blandir su espada y se la fue acercando poco a poco al no muerto, que se quedó paralizado por el brillo de la hoja. Lo cogió por el cuello y lo tiró al suelo, se situó sobre él y sacó de dentro de su armadura un colgante. Este era una esfera con la figura del Alfa y la Omega grabada, por su puesto fabricado en plata. Le rompió la camisa y se lo pegó a la piel. Del pecho del vampiro comenzó a salir humo, como si aquel amuleto le estuviera quemando la piel y a tenor por los gritos, le estaba produciendo un gran dolor. Itosteles comenzó a interrogarlo:

-¿Qué es este lugar?¿Qué hacéis aquí?

La criatura entre balbuceos de dolor gritó:

-Maldito cazador, te voy a matar.

Itosteles al comprobar que el vampiro no respondía a sus preguntas, le hundió el medallón en la frente y le dijo:

-¡Responde maldito! o te envío de vuelta la inframundo.

El vampiro no aguantó el tremendo dolor que le producía el contacto de la plata con su piel y comenzó a hablar.

-Está bien, pero quítame eso de la cara. Lo que hacemos es reclutar a los peregrinos y viajeros que tienen la mala suerte de pasar por aquí.

-¿Y con qué motivo? Vamos, sanguijuela, responde.

-Los llevamos ante nuestro señor, Éaco Saulo, para que los adiestren y utilicen como gladiadores, en las batallas contra las bestias.

-¿Dónde vive tu señor?

-En Moratia.

Contestó el vampiro extenuado de aguantar tanto dolor. Itosteles después de oír lo que quería ajustició a la malvada criatura. Le cortó la cabeza con su espada y se evaporó en el aire entre una nube de ceniza. El cazador con los ojos cerrados y mirando al suelo dijo:

-Esta criatura ya no hará más el mal.

Itosteles se levantó y observó los rostros de todos, que pálidos, lo miraban con una mezcla de estupor y miedo. Sosteniendo aún la espada en la mano y guardando el medallón que tenía colgado del cuello, les dijo:

-Entiendo, después de todo lo que habéis visto aquí, si no querréis seguir adelante.

Comenzaron a murmurar entre ellos. Y con las cabezas gachas contestaron que no, que regresaban a sus casas, que volvían a Cartago. Pero Abubaka alzó la voz y dijo:

-Yo no, yo voy a seguir a vuestro lado. Me habéis salvado la vida en dos ocasiones y por los dioses, que estoy en deuda contigo.

Itosteles con una media sonrisa de orgullo le dijo:

-Será un viaje peligroso, no te puedo pedir que vengas conmigo.

A lo que Abubaka contestó envalentonado:

-Por todos los dioses del Olimpo, he sido yo quien os ha convencido para que os embarcarais en este viaje, que menos que acompañaros hasta el final.

Itosteles y Abubaka se despidieron de los demás, que comenzaron su retorno a Cartago, mientras en la retira aún conservaban todo lo vivido. Mientras que el cazador y su valiente amigo dirigieron sus pasos a Moratia. Mientras la dejaban atrás, contemplaban como la ciudad desaparecía, era una ilusión creada, sin duda, por la magia negra de un poderoso vampiro. Las casas, las calles, las gentes que la poblaban, se desvanecían en el aire, dejando paso a unas infames ruinas, de lo que no hace mucho tiempo fue un asentamiento de Tuareg o cualquier otra tribu del desierto. Incluso, ni si quiera, quedó rastro alguno de la tormenta de arena que los obligó a entrar en la ciudad para buscar refugio.

Una vez que llegaron a la prospera ciudad, se dispusieron a investigar. Era una ciudad joven pero llena de vida. Comerciantes locales, mercaderes foráneos, buscadores de fortuna, miembros de la legión romana, pastores, esclavos, beduinos, bereberes. Un enorme crisol de culturas y personas de lo más dispares, todas ellas en busca del vil metal que se desgrana de la sangre en la era. Abubaka recordó que un viejo amigo suyo, le comentó hace algún tiempo, que se instalaría en Moratia, para abrir una escuela de gladiadores. En cuestión de horas dieron con él, se encontraba haciendo negocios en el mercado de la ciudad. Era un hombre apuesto, alto, moreno, aunque de pelo y barba blanca, de origen egipcio, sin embargo había pasado casi toda su vida en Cartago, su nombre era Abasi Dakarai. El maestro cazador y

Abubaka aguardaron pacientemente a que Abasi terminara con sus intercambios. Abubaka le gritó por detrás:

-¡Viejo fenicio! Me alegro de verte.

Abasi se volteó pensativo, pues aquella voz le resultaba familiar. Se trataba de su amigo de la infancia.

-Esa voz me suena, ¡hermano!

Ambos se fundieron en un fraternal abrazo.

-¿Cuánto tiempo? ¿Qué te trae por aquí?

-Pues la verdad que hace por lo menos un año. Pues vengo en busca de fortuna, me imagino, como la mayoría de los que están aquí.

-Bueno dejemos la palabrería para después, este reencuentro hay que celebrarlo. Te invito a un trago, bueno, a ti a y tu amigo. ¿Quién es?

-Así claro, claro, mi amigo. Abasi Dakarai te presento a Itosteles de Eritrea.

-Un placer señor.

Dijo Abasi mirando de forma enigmática.

-Igualmente.

Contestó de forma corta y escueta, Itosteles, como era habitual en él.

-¿Dónde tomaremos ese trago?

Preguntó Abubaka con ganas de calmar los nervios sufridos por la noche pasada en aquel extraño campamento y refrescar el gáznate por el sediento viaje.

Los tres entraron en una taberna, estuvieron largo tiempo hablado, sobre todo Abubaka y Abasi, recordando historias de cuando eran jóvenes y compartían pillerías de niño. Hasta que Itosteles intervino en la conversación y cambió el cariz de ella con varias preguntas:

-¿Tenéis una escuela de gladiadores, verdad?

-Si señor

-¿Qué tienen de especial estos juegos para que atraiga a tanta gente?

Abasi espero un instante antes de contestar, como si estuviera pensando la respuesta.

-Es por esas horribles bestias, esos monstruos que luchan como hombres. Éaco Saulo dice que provienen de una lejana tierra en el corazón de la antigua Persia, pero yo creo más bien que son hombres hechizados con algún tipo de magia oscura. Las espadas y lanzas de mis hombres los hieren y los atraviesan pero no le dan muerte.

-Eso es porque utilizáis armas equivocadas para luchar contra ellas

Abasi frunció el entrecejo, no entendía las palabras de aquel enigmático forastero.

-Abasi, háblame de Éaco Saulo.

Siguió preguntando Itosteles en busca de respuestas que le ayudaran a desentrañar aquel enigma.

-Es un ser siniestro, lúgubre, sediento de poder. Gobierna esta ciudad como si fuera el rey de la mismísima Roma. Con crueldad, solo piensa en sí mismo y en las extrañas criaturas que lo rodean, únicamente se deja ver a la caída del sol, como si fuera una criatura salida del propio abismo del Hades.

-¿Cuándo tiene lugar el próximo combate?

-El próximo combate es el último día de esta semana, coincidiendo con la luna llena.

Los tres siguieron con la conversación durante horas. Abasi les ofreció su casa para que se pudieran instalar allí los tres días que faltaban hasta el combate. En esos días, Itosteles y Abubaka, averiguaron todos los entresijos de una escuela de entrenamiento por dentro. Cuando llegó el día de los juegos o mejor dicho la noche, pues desde que Éaco era el gobernador de la ciudad, los combates habían cambiado su hora de celebración, ahora se disputaban al caer el sol. Los gladiadores de Abasi estaban listos. Las bestias saltaron a la arena y así dieron comienzo a los juegos. Tras varias horas de brutales y crueles combates a muerte, donde los gladiadores eran atrocemente masacrados, el gobernador decretó un descanso. El anfiteatro estaba abarrotado de una muchedumbre sedienta de sangre, las apuestas corrían por doquier. El foro estaba iluminado por cientos de antorchas, las banderas mecían al compás de la suave brisa. En el palco donde se sentaba, como si fuera un emperador de Roma, Éaco recibía todo tipo de atenciones. Momento que Itosteles, camuflado entre el gentío, aprovechó para llegar hasta él. Cuatro soldados custodiaban la platea donde se encontraba Éaco y sus criados. Desde la parte de debajo de la grada Itosteles gritó y lanzándole una moneda de plata a Éaco le dijo:

-Este es el beneficio que te han hecho ganar tus bestias en la arena.

El gobernante recogió la moneda con su mano y la plata de esta, al entrar en contacto con su piel, le provocó una profunda llaga. Éaco comenzó a gritar y dijo:

-¡Maldito cazador! ¡Rápido! ¡Matadlo!

Itosteles de un salto llegó hasta el palco donde se encontraba Éaco, y cuando estaba a punto de apresarlo, su guardia se abalanzó sobre él. El maestro con una habilidad enormemente mortal, utilizando su cayado primero y su espada después, terminó con la vida de los cuatro con suma facilidad. Tiempo que Éaco empleó para escapar. Itosteles salió corriendo detrás de él, lo vio calle abajo, se dirigía al puerto. Cuando estaba a punto de apresarlo nuevamente, le cerraron el paso dos monstruosos licántropos, vestían unas armaduras de cuero y armados con lanzas, se dispusieron a atacar. Itosteles blandió su cayado, casi a la vez paró el golpe lanzado por uno de los lobos, y clavó la punta de plata en éste, girando sobre sí mismo y poniéndose de rodillas le hundió, en el costado, su negra vara al otro, que también cayó fulminado. Corriendo hacia el puerto dejaba tras de sí dos cadáveres, uno había vuelto a su forma original de hombre, mientras que el otro había nacido lobo. Cuando llegó al puerto, buscó de forma desesperada al malvado vampiro. Lo buscó entre un sinfín de naves pero Éaco ya había embarcado y desconocido el rumbo tomado. Itosteles susurró al viento:

-Presiento que algún día nuestros caminos se volverán a cruzar.

FIN